

LA SOLEDAD DE UNA FOTO

Blanca Faure



Capítulo 1

LA FOTO DE LA SOLEDAD

Deambulaba por la plaza, sin rumbo. Un tardío sol de agosto, se rendía prendiendo postreras fogatas en el asfalto, lastimando mis maltrechos ojos. La cabeza baja, las manos en los bolsillos, contando las sombras que se arrimaban a mis pies. Las palomas trazaban haces de remolinos blancos en torno a las cuatro torres de la catedral. El repique de campanas, enmascaraba mi silencio sofocando la estridente risa de la gente, los insoportables correteos de los niños. Es irritante tolerar el regocijo cuando tú no eres más que un ser gris y miserable, en un lugar, en un tiempo equivocado, de un sábado cualquiera.

Invariablemente, me sentaba en el mismo banco frente a la basílica, equidistante entre las dos torres principales. Era el punto perfecto para examinar a la gente que paseaba, me atraía en especial la que parecía feliz. A continuación elegía a alguien, al azar y transcurría la tarde visualizando que era yo, un espectador de mi propia alma desdoblada.

En ocasiones empujaba un carrito de bebé orgulloso, pero cuando lloraba volvía a mi yo, aborrecía los contratiempos. Otras veces, era el protagonista de un beso apasionado, mas pronto me aburría tanta empalagosa azúcar. Donde más cómodo me hallaba era en los grupos de amigos que salían a tomar unas cañas o a cenar, divertidos y cómplices. Poseía por unos minutos a uno de ellos, y experimentaba lo que él vivía.

Así, a través de este simple y maniático juego mental podía ser quien quisiera y al mismo tiempo no era nada, no era nadie. ¿Por qué yo no había podido conseguir lo que los demás tenían? ¿Por qué me costaba tanto socializar? ¿Qué había de malo en mí? ¿Por qué yo estaba siempre sólo en mi banco, viendo las horas pasar, secuestrando patéticamente vidas que no eran la mía?.

Esa tarde en particular, me sentía aislado, así que alcé la cabeza pretendiendo conectar con la mirada de alguien, no lo conseguí. Sólo un niño que sostenía un globo me sonrió. A pesar de estar la plaza abarrotada de gente, fue el único ser humano que se percató de mi presencia. También lo hizo un perro que me contempló afligido, olisqueando con insolencia mis zapatos.

Cuando este sentimiento de desamparo y soledad apremiaba hasta lo intolerable, procuraba frecuentar estadios de fútbol, conciertos abarrotados, sentir piel con piel, aspirar el sudor del otro, en un intento de aniquilar esta asfixia que me estaba consumiendo el alma. Sin

embargo, conseguía el efecto contrario, cuanto más rodeado de gente estaba, mas y mas solo me advertía.

En alguna ocasión, contacté con alguien, en esas redes sociales que alivian soledades de fin de semana. Yo me había inventado una vida tan maravillosa, que apenas podía sostenerla un día. Después de algún encuentro casual, me las componía para cortar con ellas y borrar sus teléfonos. Me había aclimatado ya, a esas cómodas y asépticas relaciones de usar y tirar, sin complicaciones ni servidumbres.

¿Quién estaba sentada en mi banco? ¡mi banco! Para mí ese era un lugar de paso, no de encuentro. Así que no disimulé mi desagrado cuando la viejecita que había tomado asiento, se dirigió a mí. La obvié, invitándola con mi indiferencia a que marchara.

Se interesó por mi soledad, me confesó que ella también llevaba dos días sin hablar con nadie. ¡Qué me importaba a mí su vida! ¡Bastante tenía yo con la mía! Volvió a insistir sobre mi tristeza y sobre que quizás pudiéramos unir nuestras soledades y apoyarnos. ¿Yo con la vieja? ¡No estaba tan desesperado! Aseguró que me acordaría de ella, entregándome una foto en sepia de cuando era joven. La tomé, casi por caridad, olvidándola en el fondo de mi bolsillo. Sin alzar la vista, ni despedirme, me fui. Necesitaba emborracharme y ver una película porno. ¡Ese era mi gran plan de una noche de sábado!

Llegué a casa tal como siempre, compadeciéndome de mi mismo, de mi amargo sino, del infortunio de mi vida. Me bebí creo que cuatro copas de whisky. Encendí el ordenador y navegué por las redes sociales rastreando de manera compulsiva no sabía muy bien qué.

Me terminé la botella, borracho y hastiado de mí mismo, quedé profundamente dormido. Cuando desperté tuve la sensación de tener un pulpo en la cabeza que estiraba de mis sienes, todo daba vueltas. Ninguna respuesta en los buzones de mis redes sociales. ¡Vaya mierda de domingo me esperaba! Caí en la cuenta, que en el bolsillo guardaba la foto. La examiné curioso. Apareció ante mí una joven de ojos atrayentes y perdidos, claros y tristes, de delicada tez, tersa y blanca sin impurezas, como en todos los retratos antiguos. El pelo ondulado preso en una toca blanca, nariz armónica, labios carnosos, de sonrisa eterna e insinuante. Mostraba orgullosa su delantal de enfermera de la Cruz Roja.

Volví a observarla y sus ojos me atrajeron hasta el punto de atraparme. Era un espíritu cautivo en una fotografía color sepia, un alma prisionera que me suplicaba que le permitiese existir. Así, que vi de lo más natural que me hablara, que las comisuras de sus labios se agrandaran, que sus ojos comenzaran a brillar. No era sólo una foto, era ella en esencia pura.

Vivimos juntos. Su peculiar lenguaje expresa mucho más que alguien de carne y hueso. Es la mujer perfecta para mí, la que siempre he soñado. En todo momento me sonrío y nunca responde con tonterías ni fríos monosílabos.

Cuesta creerlo, pero mi yo interno conecta desde lo más íntimo de mis emociones con ella, la percibo real. Vivía muerto, ella me ha rescatado de mi tediosa vida. Es nuestra historia y estamos bien. ¿En formato fotografía? Sí, pero ya no concebimos la idea de separarnos. Algo muy intenso y puro ha aflorado entre los dos. Nuestro vínculo es tan auténtico, tan entrañable, que en ocasiones olvido que no tiene apariencia humana. Hasta he hecho un hueco en mi armario y le he comprado un cepillo de dientes. No sé, me nace del alma. Ella se ríe sonoramente de mí por estas ocurrencias, dice que me quiere.

No me conecto en las redes sociales, ya no quedo con gente insulsa y superficial que me importa poco y a quien yo importo menos, hasta he dejado de beber.

No me arriesgo a referir a nadie mi singular historia de amor, quizás porque no tengo a quien contársela. Bien mirado, esto no puede ser peor que hablar sólo. Podéis considerar que soy un demente, pero por primera vez, estoy enamorado "hasta las trancas". Cuando salgo a pasear, el sol me parece radiante, los niños una ricura, la felicidad de la gente lejos de ofenderme me reconforta.

Todos los domingos nos sentamos los dos en nuestro banco, mi fotografía y yo. En ocasiones tengo que espantar a gente que pretende sentarse encima. ¡No se respeta ya nada! Charlamos casi siempre hasta pasadas las doce construyendo planes, jamás soñé ser tan feliz.

Una mujer joven, semejante a ella, nos ha entregado una carta. El jueves falleció la viejecita, en el fondo me dolió. Ni siquiera me había percatado que desde aquel día, no había vuelto a sentarse en nuestro banco. ¡Estaba tan ocupado con mi foto!

"Mi querido desconocido, eres tú, Tomás, y ni siquiera lo sabes. Lo percibí un sábado que te avisté entre la multitud.

Necesitaba contactar contigo antes de morir. ¡Se te veía tan triste, tan sólo!. Debes saber que una vez fuimos uno y aunque el espacio y el tiempo no nos ha permitido volver a fundirnos, la magia del corazón sí lo ha hecho. Estaremos eternamente juntos".

Hasta pronto, le diré a mi nieta que te haga llegar esta carta.

Sentí un confuso e intenso dolor, ¡sentí! Reparé en ese instante, que hacía años que no sentía nada. Miré la foto, me sonrió, nada había que temer. Ella me encontró, y desafió toda dimensión espaciotemporal para vivir junto a mí. La tomo en mis brazos, le beso en los labios con dulzura. A veces me hace muecas, otras se ríe de mí divertida.

Sigo con ella, mi foto reposa en mi almohada y la abrazo. Cuando desayuno está frente a mí, le pregunto todos los días que quiere comer y ella sonrío prendiendo la luz de sus ojos. A veces, ponemos música y bailamos, me encanta verla feliz. Cuando regreso del trabajo, me aguarda en el sofá, me pregunta que tal me ha ido el día y vemos un rato juntos la televisión antes de irnos a dormir.

Vivo con una foto, pero es ella, es su alma encarcelada y jamás me he vuelto a sentir solo desde entonces. No sé si yo era en otra vida ese tal Tomás y realmente me importa bien poco. Hemos creado una familia. Mi casa ya parece un verdadero hogar, hasta he comprado plantas, he llenado los jarrones de flores, he subido las persianas y la claridad lo anega todo. ¡Al fin he tomado las riendas de mi propio destino!

Hemos adoptado un gato y una gata, la parejita. No me importa cambiarles la arena o que me reclamen para comer a las seis. Mi foto me ordena con cariño: "Despierta amor, levántate y atiende a los niños". Yo me incorporo radiante, soy por fin dichoso, plenamente feliz con mi familia. Mi alma está en paz.